



La cuestión de la diversidad en un mundo en continuo cambio

Juan Torres López

Departamento de Análisis Económico y Economía Política
Universidad de Sevilla

Está de moda referirse a la *globalización* como característica esencial de nuestro entorno, como nuestro entorno mismo, aunque sin hacer demasiado esfuerzo, la mayoría de las veces, para ir más allá de su sentido más intuitivo y quizá confuso. Y eso es lo que lleva a que no se subraye, como nos parece que hay que hacer, su contingencia histórica, su morfología cambiante y cambiada, sus desarrollos alternativos potenciales, su finitud en los términos en que se ha desenvuelto en cada momento histórico, olvidando, en fin, que no ha habido ni habrá nunca una globalización sino modalidades diferentes de globalizar la acción de los seres humanos sobre el planeta Tierra.

La revolución tecnológica que se produjo en los últimos treinta o cuarenta años para hacer frente a la gran crisis del modelo de acumulación de postguerra (Torres, 2000) llevó consigo una amplísima serie de innovaciones y mejoras en los usos de la información, los transportes y las comunicaciones que permitió una intensificación sin precedentes de dicho proceso que ha “aproximado” física y culturalmente a las distintas áreas territoriales, culturas y comunidades humanas del planeta en una dimensión que nunca antes se había visto o concebido con anterioridad.

Es cierto y evidente que este proceso globalizador se lleva a cabo en el marco de políticas globales que son fueron el resultado triunfante del tremendo pulso social que se dilucidó en los años setenta y ochenta del pasado siglo y que abrió la etapa neoliberal en la que vivimos. Y es igualmente evidente que como resultado de esas políticas, lo que está resultando es un proceso globalizador francamente asimétrico que si bien se puede considerar que ha permitido aumentar el volumen de la actividad en todo el mundo, lo ha hecho generando una desigualdad sin precedentes, como han reconocido instituciones y organismos tan poco sospechosos como el propio Fondo Monetario Internacional. A la vista de su desigual efecto sobre los seres humanos y sobre los territorios, teniendo en cuenta que en realidad no se ha globalizado sino un pequeña parte de las actividades sociales y económicas, en sentido estricto solamente las finanzas y en cierto modo las culturales, es justo decir que esta fase (neoliberal) de la globalización es verdaderamente escasa y solo parcialmente globalizadora.

Sin embargo, y puesto que no es este último aspecto el que nos interesa analizar con detalle en este texto, lo cierto es que desde la perspectiva geo-espacial la globalización que se viene produciendo opera como una suerte de mecanismo de interrelación, que tiende paulatinamente a poner en contacto y comunicación a los distintos territorios, gentes y culturas del planeta, todos los cuales se encontraban anteriormente o aislados o solo precaria y débilmente relacionados.

Con independencia de las limitaciones y sombras mencionadas, esta última circunstancia posibilita que los niveles de interdependencia, interacción e interrelación entre las distintas partes del mundo se incrementen de modo exponencial, generándose una densificación del tejido relacional internacional.

La principal consecuencia de esta interrelación progresiva y constante va a ser que el planeta Tierra, que para nuestros antepasados era prácticamente inmenso e infinito, deviene por momentos más y más pequeño. Y este *empequeñecimiento* del globo terráqueo implica que empiezan a converger en un “único mundo” las distintas piezas del *puzzle* mundial, haciéndose cada vez más accesibles e “inmediatos” por su proximidad los otrora “mundos lejanos”, los *plus ultra*, que coexistían en el planeta.

Tales partes y fragmentos están caracterizados por una enorme disparidad manifestada en multitud de expresiones, de lo religioso hasta lo político o sociológico pasando por lo étnico, lo económico o lo antropológico), pero todas ellas tienden a ser como imantadas lentamente pero sin remedio entre sí por los procesos globalizadores que tienden a generar como una suerte de crisol aglutinador de dichos fragmentos.

La principal consecuencia de estos procesos de aglutinación va a ser que, quizá por vez primera en la historia de la humanidad, las diferentes comunidades del mundo son cada vez más conscientes de la existencia, presencia y realidad de las otras.

Se produce así una cercanía *inmediata* que puede provocar situaciones que podríamos ser, a grandes rasgos, de una doble naturaleza. Una, la mayor tendencia al conocimiento y aceptación de los otros. Otra, por el contrario, la reafirmación de las identidades

a partir de las diferencias que lleve, en paralelo, a fortalecer y multiplicar el enfrentamiento y el conflicto.

En el primero de los casos, esa mayor conciencia de los “otros”, de sus circunstancias y necesidades parece conllevar la necesidad de comunicarse. Se trata de un primer paso en el proceso de cooperación humana destinado al logro de objetivos que interesan a todas las partes en acto y que implica la necesidad de hablar una especie de *lingua franca* construida a partir de los consensos básicos y necesarios para gestionar esa cooperación y evitar que el conflicto llegue a paralizarla.

El primero de esos consensos posiblemente sea la “aceptación” de “los otros”. Algo que inevitablemente debe iniciarse con el reconocimiento de su “hecho diferencial”, ya sea étnico o cultural, pues solo a partir de ahí es posible tender puentes hacia el dialogo, la coexistencia y la convivencia.

En la situación contraria, la situación de facto es la *negación de los otros*, algo que ha sido una desgraciada constante en la historia de la humanidad, y que podría imponerse como criterio de actuación en el caso de que las partes no lleguen a dichos consensos básicos. La evidencia histórica parece indicarnos que las relaciones operadas entre las distintas partes del mundo y los diferentes grupos humanos entre sí han sido normalmente de índole traumática, dado que la forma de relación dominante o predominante ha sido históricamente el conflicto y no la cooperación. Y está por ver cómo podremos salir de la fase globalizadora en la que vivimos.

En nuestra época, se agudiza el proceso de *achicamiento* del espacio físico provocado por las oleadas de innovaciones globalizadoras que se han ido sucediendo en todos los campos y eso ha tenido como resultado la puesta en un contacto directo más estrecho que nunca de elementos y tradiciones muy diversos: culturas muchas veces contrapuestas, antitéticas o enfrentadas entre sí. De tal modo que mundos culturales que tradicionalmente habían existido como compartimentos estancos, enrocados en sus ámbitos territoriales y amparados en las distancias físicas que los separaban, ahora van a tener que coexistir en un único mundo, una situación que prácticamente carece de precedentes en la historia mundial.

Todo ello plantea, por una parte, desafíos ciertamente “históricos” e impresionantes por sus implicaciones y por los cambios inevitables que traerán para la estructura del mundo que conocemos. Por también, y por otra, la emergencia de numerosos conflictos que ya se han puesto claramente de manifiesto en muchos aspectos: la resistencia a la estandarización cultural occidentalizadora cuya manifestación mas evidente por su actualidad quizá sea el enfrentamiento abierto o latente entre las corrientes integristas islámicas y el mundo occidental en la perspectiva del *choque de civilizaciones* de Hungtinton (1997), o, los fenómenos de resistencia al “pensamiento único” representados por las tesis globalizantes de Fukuyama (1989) entre los que se encuadrarían los movimientos alterglobalización, las corrientes antimundializadoras, y la cultura “non global”, entre otros.

Y, por supuesto, otra manifestación de lo que podríamos llamar la *globoconflictividad* de nuestra era serían, por ejemplo, las crecientes actitudes contrarias a los emigrantes y extranjeros en general que se vienen observando tanto en la Europa Occidental como en Norteamérica. Actitudes que se dan paralelamente a la presión social tendente a la oclusión de las fronteras, y en el marco de las políticas migratorias selectivas, cuando no meramente represivas.

1. NUEVOS FLUJOS MIGRATORIOS, NUEVAS FORMAS DE ENCUENTRO Y DE DESENCUENTRO

La visibilidad del mundo en su conjunto que hoy día facilitan los medios de comunicación y las estrategias de uniformización llevan consigo un efecto paradójico: las desigualdades interpartes resultan más evidentes y rotundas que nunca y, por supuesto más grandes que cuando se contemplan intrapartes.

Esa paradoja evidencia es la que favorece que los grupos de población tomen en mucha mayor medida y de modo más claro conciencia de las situaciones de desigualdad existente entre las distintas partes del mundo, ya sean éstas sociales, económicas o culturales, y por ende de su bienestar o de su “no bienestar” en relación con “los otros”, sean estos personas, territorios, anhelos o aspiraciones de otras zonas del planeta.

Un resultado paradigmático de eso ha sido la aceleración de los procesos migratorios masivos desde las áreas subdesarrolladas hacia las desarrolladas. Si bien es verdad que sus causas son complejas, como lo ha sido siempre el fenómeno mismo del éxodo, no puede negarse que el de hoy día tiene evidentemente que ver con el hecho de que la población residente en el mundo empobrecido ha podido ser cada vez más *globalizadamente* consciente de lo desfavorable de su situación de *no bienestar* relativo, de lo relativamente legítimo de sus aspiraciones de progreso y bienestar, y de la imposibilidad de un cambio rápido en las coordenadas de dicha situación en sus países o zonas de origen, a tenor de la filosofía y la política que también de modo evidente se muestra como determinante del orden global existente.

Si bien siempre se da un determinado balance entre oferta o deseo migratorio y demanda de migraciones que es difícil de calibrar, la decisión migratoria actual parece tener más que ver con condicionantes de expulsión de sus zonas de origen de los inmigrantes que con necesidades reales de recursos humanos en las regiones receptoras (Capel, 2002), al menos en toda su extensión y magnitud, como prueba la generación (en aumento) de auténticos ejércitos de reserva en los países receptores.

En cualquier caso, lo que nos interesa subrayar es que el incremento espectacular de los flujos migratorios, generado verdaderamente de modo proporcional al incremento del empobrecimiento y las desigualdades en todo el planeta, lleva así mismo consigo que la mixtura de civilizaciones, de valores o de culturas, la multiculturalidad, se conforme como una variable en constante aumento en el escenario internacional.

La aceleración de los movimientos y flujos migratorios, provocada por la globalización de nuestros días y por su singular naturaleza asimétrica y desigualadora, está cambiando muy rápidamente el perfil étnico y cultural de muchos países en la escena internacional y de modo muy particular de los estados occidentales, principales receptores de dichos flujos. Sus sociedades aparecen cada vez más como una suerte de mosaico de grupos mayoritarios y minoritarios identificados por su lengua, etnia cultura o status económico, dando lugar así y al mismo tiempo a una auténtica

miscelánea mundial en la que es cada vez más difícil encontrar países homogéneos.

Hoy día se calcula que los dos tercios de la totalidad de los países del mundo albergan algún tipo de minoría étnica o cultural que represente al menos el 10% de la población. Y la magnitud de tales cifras indica con claridad que la multiculturalidad, y su consecuencia más inmediata que es la *diversidad*, no parecen un fenómeno coyuntural, pasajero o esporádico, sino algo que ha arraigado con fuerza.

Como dice Amartya Sen (2004) los inmigrantes “*han venido para quedarse*”, porque la de procesos migratorios van a ser inevitablemente sostenidos en las condiciones globalizadoras imperantes.

Por otra parte, la proximidad y la inmediatez con que pueden llevarse a cabo las relaciones sociales de todo tipo en la globalización de nuestra época da a los flujos migratorios actuales una característica distintiva de gran trascendencia: la tendencia a mantener vinculaciones muy estrechas con las zonas de origen gracias a los progresos tecnológicos en los trasportes y comunicaciones.

Esto hace que la migración de nuestro tiempo se presente como una mutación espacial que, sin embargo, no tiene una plena traslación en lo cultural. Es decir, se vive en el país de destino como “sitio distinto” pero se sigue “estando presente” en el país de origen. Y esto representa una característica absolutamente diferenciadora con los procesos migratorios de otras etapas históricas, en los que la tendencia más frecuente era la asimilación y la pérdida más o menos total de identidad cultural originaria, que terminaba fundiéndose con la cultura del país receptor.

Lógicamente, esta característica de los flujos migratorios actuales tiende a acentuar las tensiones provenientes del encuentro entre culturales puesto que al reforzar la identidad grupal y los perfiles identitarios de los migrantes, incentiva y refuerza la reivindicación y su afirmación en contextos distintos al del país de origen.

Finalmente, no hay que olvidar que dado que los caminos de la inmigración se construyen y pavimentan a partir de necesidades y sueños, el motor de los flujos migratorios parece estar dotado de una energía formidable e inagotable. Posiblemente por eso, y contradiciendo en este aspecto también, a Fukuyama, el fin de la historia es siempre su principio, porque vuelve siempre a sus orígenes, confirmando su esencia cíclica, consagrando el principio del eterno retorno mientras existan hombres y mujeres, llenos de sueños, urgencias y necesidades, sobre la faz de la Tierra. Y con este combustible parece muy difícil que tales dinámicas puedan ser abortadas, malogradas o interrumpidas, por más que se repriman, obstaculicen o traten de impedirse.

Por encima de cualquier otra consideración, las dinámicas migratorias de nuestro tiempo y sus consecuencias multiculturales forman parte de la realidad de nuestros días y en cuanto a tal realidad, parecen ser inevitables. Por tanto, lo más sabio y coherente es procurar su canalización antes que su represión, puesto que la energía que despliegan puede ayudar a la dinamización socioeconómica si está bien canalizada. Es decir, si se contempla desde una perspectiva de la asignación equitativa y eficiente de los recursos que renuncie a la lógica del conflicto en favor de la de la cooperación humana.

2. LOS DESAFÍOS

El fenómeno de las migraciones masivas de nuestro tiempo, el encuentro de culturas que necesariamente implica y los nuevos mosaicos sociales que genera ponen sobre la mesa con un interés inusitado en nuestros el viejo asunto de la multiculturalidad, que ahora produce un renovado e incesante debate sobre el mejor modo en que puede abordarse, en muchos de los países receptores de los principales flujos migratorios de nuestro tiempo.

Como hemos señalado, la intensificación de los flujos migratorios actuales depende tanto de las percepciones, expectativas, deseos y necesidades de los inmigrantes (o incluso de los que tratan de lucrarse con tales flujos) como de las demandas reales o implícitas de mano de obra más precaria de las zonas receptoras, y eso

lleva razonablemente a pensar que mientras existan los lacerantes desniveles de renta y de poder de negociación y las rotundas desigualdades socioeconómicas y de bienestar actuales entre las distintas partes del mundo, los flujos migratorios tenderán a seguir creciendo.

Su intensidad será proporcional a factores diversos pero principalmente a dos más relevantes. Al aumento de la información sobre las zonas de recepción que exista y se difunda en las zonas emisoras, por un lado, y, por otro, a las circunstancias que reduzcan el riesgo de la decisión de inmigración y sus costes de transacción, como podrían ser la existencia de redes familiares, organizaciones de ayuda, servicios de acogida disponibles, etc.

El resultado lógico de todo ello será una acentuación de la multiculturalidad en las áreas receptoras, cuya población e instituciones se verán abocadas, tarde o temprano a afrontar esa novación de la estructura social.

Y ante este nuevo fenómeno social, las actitudes del complejo socio-institucional de los países receptores pueden ser reactivas o proactivas.

En el primer caso, podrían oscilar desde el más puro rechazo a los cambios, hasta al fatalismo resignado frente a los mismos, tendiendo simplemente a tratar de incidir o corregir solamente los aspectos más dramáticos, traumáticos o chocantes de la coexistencia entre autóctonos y alóctonos, generándose una suerte de dinámica apagafuegos que parece ser la actitud de mayor predicamento en la actualidad de los países occidentales. Y eso, mientras que se aprovecha la entrada masiva de inmigrantes para abaratar el trabajo e intensificar su explotación.

Este posicionamiento reactivo parece estar detrás de las nuevas regulaciones mucho más restrictivas y selectivas tanto de los flujos migratorios como de los derechos de asilo y de refugio en los grandes países europeos como Alemania, Francia, Italia, el Reino Unido o incluso España, por mencionar tan solo a los que parecía que estaban en el núcleo duro de la tradición más proclive a aceptar el reto de la inmigración, así como de la consideración

progresivamente peyorativa de los flujos migratorios, que está tendiendo a predominar en el conjunto de Occidente.

Las actitudes proactivas parten de la necesidad de afrontar la problemática multicultural desde una perspectiva de realidad, entendiendo que la inmigración, además de un proceso que puede generar problemas sobre todo a corto plazo, puede ser una oportunidad.

En este caso, se intenta armonizar la presencia de colectivos inmigrantes con los principios democráticos rectores del ordenamiento socio jurídico e institucional de las zonas receptoras, tratando con ello de evitar zonas de sombra o de indeterminación normativa con respecto a inmigrantes, asilados o refugiados.

En este sentido se trata fundamentalmente de aceptar el reto que para las sociedades receptoras supone la presencia de importantes flujos migratorios en su territorio y la subsiguiente multiculturalidad que de ahí se deriva.

Un reto que fundamentalmente implica el reconocimiento de las diferencias preexistentes (como por ejemplo el reconocimiento de las minorías étnicas o culturales históricamente presentes en el territorio) y la introducción de nuevos elementos étnicos y culturales en la matriz de sociedades tradicionalmente tendentes a la homogeneidad étnica y cultural. Lo cual, a su vez, plantea hacer frente a una serie muy amplia de desafíos que podríamos resumir en una idea principal: la transición desde sociedades prácticamente homogéneas²¹ hacia sociedades heterogéneas o de alta diversidad, es decir, de perfil multiétnico y multicultural que las configuran como auténticas *sociedades de diversidad* en donde los grupos mayoritarios y minoritarios se relacionan e interaccionan, al menos formalmente, en un plano de plena igualdad.

²¹ Por cuanto que la presencia de elementos distintos en lo cultural o en lo étnico no implica discontinuidad o fragmentación cultural, o lo que es lo mismo, no genera antinomias.

3. LA DIVERSIDAD COMO INNOVACIÓN COMPLEJA Y ESTRUCTURAL Y COMO PROBLEMA DE GESTIÓN

Una breve relectura de la anterior formulación, nos llevaría a considerar la complejidad y dificultad de la problemática de la diversidad.

Nunca es fácil abordar los problemas que plantea la diversidad. Y mucho menos, cuando tiene que ver o es el resultado de una complejísima transición, como la que protagoniza hoy día nuestro mundo occidental, desde sociedades tendentes a la homogeneidad cultural hacia sociedades de heterogeneidad étnico-cultural.

En término sucintos, la transición hacia la heterogeneidad implica introducir cambios estructurales, tanto en la configuración de la sociedad (que debería pasar de ser “la sociedad” a ser una “meta-sociedad”) como para las instituciones políticas de dicha sociedad, que deberán responder a las nuevas coordenadas multiculturales sustancialmente distintas a las monoculturales en las que surgieron y para las que fueron pensadas. Por último, y lo que no es poco, implica también cambiar la propia fundamentación del orden político del estado-nación como marco organizacional básico de tales instituciones y de dicha sociedad.

Por eso, plantear la problemática del binomio multiculturalidad-diversidad supone, por el calado de las mutaciones que conlleva, “tocar” los fundamentos (en todos los sentidos) de las actuales realidades jurídico-nacionales-estatales, provocando antes o después su transformación sustancial.

No parece que exista en el momento presente una problemática de mayor actualidad que ésta de la multiculturalidad y la diversidad, ni de mayor proyección de futuro. Y, a su vez, que contenga y plantee de modo entrelazado tantas y tan variadas aristas, dimensiones, perspectivas y factores, y de ahí que las propuestas de abordaje de dicha temática deban plantearse en condiciones que permitan contemplar su naturaleza compleja, lo que inevitablemente requiere, como diría, Edgar Morin que se haga desde la complejidad, mediante el pensamiento complejo y no parcelario y desestructurante. Es decir, articulando el todo de

la diversidad como algo formado por partes dispares entre sí pero no necesariamente enfrentadas o enemigas, sino que pueden y deben abordarse y entenderse entrelazadamente. Para ello debe recurrirse a perspectivas holísticas que posibiliten la contemplación del todo y su relación con las partes y viceversa, orientándose la coherente disposición de fines y objetivos a alcanzar y de los medios necesarios para su logro.

La transición hacia la sociedad de la diversidad presupone un proceso de cambios sociales “estructural” porque implica, de una u otra manera, la alteración de los perfiles básicos o fundamentales de la sociedad. Estamos ante un tema de configuración de la realidad, o si se quiere, de construcción de una nueva realidad que ha de ser planteado como un asunto de “gestión”.

Lo que se quiere decir al hablar de la diversidad como de un asunto “de gestión” es que actuando u operando sobre ella estamos “configurando” algo nuevo a partir de lo ya existente, estamos “innovando”, introduciendo “cosas nuevas”, o llevando a cabo lo que los antiguos latinos entendían como *trasnovus*: el tránsito hacia las nuevas cosas, y en nuestro asunto, la generación de una perspectiva más amplia para poner en marcha novedades en la estructura social que signifiquen la reorganización de manera original de las cosas existentes.

Construir la sociedad de la diversidad puede suponer, por lo tanto, e incluso necesariamente, promover procesos de innovación social, procesos que partiendo de esquemas de cooperación humana van a suponer una reorganización de la convivencia y de las relaciones entre los individuos, los colectivos y los grandes grupos sociales.

Como cualquier proceso, y máxime teniendo en cuenta su importancia estructural para la sociedad que lo acomete, los procesos configuradores de la sociedad de diversidad deben ser “gestionados”, es decir “llevados”, administrados u organizados, de modo que se optimicen los resultados, es decir, que se minimicen los posibles riesgos, las desventajas o aspectos desfavorables y que se maximicen las ventajas y los aspectos beneficiosos. Para lo cual es imprescindible la supervisión constante del proceso y el control de su temporización, evitando despropósitos y sinsentidos.

La construcción de una nueva realidad social, por otro lado, implica también la inevitable presencia de lo público en el proceso, de la gestión *pública* y las políticas públicas, que han de tener una función de enorme y principal relevancia. Los poderes y las instituciones que por definición son la expresión más fidedigna de las preferencias sociales han de ser los verdaderos arquitectos del proceso, los que a través de las *políticas públicas de diversidad* pueden auspiciar y estimular dichos procesos, a partir de su “gestión”.

Esta gestión de la transición a la diversidad significa, en primer lugar, la definición de fines y objetivos y después la dotación de los medios e insumos necesarios para su buena marcha. Posteriormente se hace precisa la supervisión del proceso y el control del *timing* de gestión, de manera que el proceso sea proactivo y no reactivo, tratando de que responda siempre a las constantes del entorno donde pretenda llevarse a cabo.

Referirse a la diversidad como innovación social lleva también a recordar el origen latino del término: *innovatio-innovationis* que procede a su vez de *innovare*, palabra compuesta del sufijo *in* y del sustantivo *novatio* y que vendría a significar alterar el orden establecido de las cosas para hacer cosas nuevas.

La última raíz etimológica de *innovare* está en *novare*, relacionado a su vez con *novus*, “lo nuevo, algo nuevo” que siguiendo a Moreno Bayardo (1995) puede tener dos interpretaciones. Una restringida que asocia lo nuevo a “*lo que nunca antes había sido inventado, conocido o realizado, que se genera, se instituye o se presenta por primera vez*”. Y otra extensiva referida a las “*formas o maneras nuevas de hacer o utilizar algo*”. En este sentido, se admite como nuevo algo que ya ha sido conocido o utilizado anteriormente.

Sería interesante enfatizar que la combinación de *in* + *novatio* en puridad significa meter, poner o introducir algo nuevo, novedades o cosas nuevas. Y con ello se resalta el hecho de que la innovación responde a una conducta planeada y deliberada y que no es algo que suceda por que sí mismo, lo que implica que para innovar es necesario previamente promover o hacer, y que, al mismo tiempo, la innovación no es algo de naturaleza puntual sino procesual.

Por tanto, se puede decir que la gestión de la diversidad es una estrategia social y corporativa que puede ayudar, y mucho, a optimizar la coexistencia entre individuos y grupos de individuos que se consideran a si mismos como diferentes, en función de su adscripción a distintas unidades de identidad étnico-cultural. Es, o puede ser, el puente hacia la convivencia entre sujetos, colectividades y grupos humanos cuya característica común es su diferencia.

Como tal estrategia, la primera connotación de la gestión de la diversidad es su instrumentalidad, para lo cual debe demostrarse útil, eficaz y operativa, capaz de enfrentarse a los problemas para los que ha sido diseñado y de darle soluciones adecuadas, de ponerlos en vías de solución o, cuando menos, de atenuarlos. Por ello, una cuestión sustancial en torno a la diversidad es la de cómo plantearla y organizarla, cómo articular la relación entre partes diversas de modo que pueda enriquecerse el todo, sin que éste se vea debilitado.

En cualquier caso, hay que tener en cuenta la gran limitación que se deriva del hecho de que la diversidad tal y como la hemos de entender ahora sea algo muy reciente o relativamente reciente, a diferencia de la multiculturalidad que es tan antigua como la humanidad. La aparición de sociedades de diversidad es algo muy nuevo y las experiencias o las propuestas de gestión de la diversidad no alcanzan ni siquiera a tener cuatro décadas de desarrollo, lo que significa que históricamente hablando se trata de experiencias que verdaderamente se encuentran todavía en estado embrionario.

Es por ello que hay que ser conscientes de que la propuestas o recomendaciones en este campo son tributarias de esa novedad y quizá por ello efímeras, si no fugaces. La velocidad de giro de la realidad, y en particular de la española en este campo, es muy alta y eso puede hacer que nuestras proposiciones o esquemas analíticos se desborden con facilidad. Aunque esto es algo que no nos preocupa demasiado puesto que al mismo tiempo somos igual de conscientes de que, en materia de gestión de la diversidad, cualquier esquema operativo o propositivo tiene que pasar por un periodo de aplicación piloto, testado, introducción de mejoras,

prueba o perfeccionamiento antes de llegar a su formulación definitiva y, por supuesto, a su conversión en política.

BIBLIOGRAFÍA

CAPEL SAEZ, H. (2002): “Inmigrantes Extranjeros en España. El derecho a la movilidad y los conflictos de la adaptación: Grandes expectativas y duras realidades”. En Pimentel Siles, M. (Coord.): *Procesos Migratorios, Economía y Personas*. Ed. Instituto de Estudios de Cajamar. Almería.

FUKUYAMA, F. (1989): “The End of History?”. En revista *The National Interest*, verano 1989. Documento electrónico disponible en <http://www.unc.edu/~rlstev/Text/Fukuyama%20End%20of%20History.pdf>. Traducido al español como: “¿El fin de la historia?” En revista *Claves de la Razón Práctica*, N° 1 abril de 1990.

HUNTINGTON, S.P. (1997): *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundiales*. Barcelona: Paidós. Original en inglés: *The Clash of civilisations* (1993). En *Foreign Affairs*, vol 72, n° 3, verano de 1993, pp. 22-49.

MORENO BAYARDO, M. G. (1995): Investigación e Innovación Educativa, Revista la Tarea No. 7, disponible en <http://www.latarea.com.mx/articu/articu7/bayardo7.htm>.

SEN, A. (2004): “La libertad cultural en el mundo diverso de hoy. Perspectiva General”. En PNUD: *Informe Desarrollo humano 2004*. Madrid: Ediciones Mundi-Prensa Libros.